

esos polos, será regida por lo exacto, en el otro por lo ideal. La instrucción sustituirá a la guerra y gracias a ello, el sufragio universal alcanzará ese grado de discernimiento que permite elegir los espíritus; se tendrá por Parlamento el concilio permanente de las inteligencias; el instituto tuvo una visión confusa, pero profunda, de lo porvenir.

Esta sociedad del futuro será soberbia y tranquila, al par. A las batallas sucederán los descubrimientos; los pueblos no conquistarán, pero se engrandecerán y se iluminarán; no habrá guerreros, habrá trabajadores; se trabajará, se construirá, se inventará; el exterminar no se considerará como una gloria. A los que matan sucederán los que crean. La civilización, que era toda acción, será toda pensamiento; la vida pública se compondrá del estudio de lo verdadero y de la producción de lo bello. Las fronteras se borrarán por la luz de los espíritus.

La Grecia era muy pequeña; nuestra casi isla de Egipto superpuesta a Grecia la cubriría; sin embargo, la Grecia era inmensa por Homero y por Esquilo, por Fidias y por Sócrates. Estos cuatro hombres son cuatro mundos. Grecia los tuvo, de ahí su grandeza. La envergadura de un pueblo se mide por su resplandor; la Siberia gigante es un enano; la colosal Africa apenas si existe. Una ciudad, Roma, ha sido el universo entera, cuando ella hablaba, hablaba la tierra toda. *Urbi et orbi*.

Esta grandeza la posee Francia e irá aumentándola. Lo admirable de Francia es que está destinada a morir, pero a morir como los dioses, por la transfiguración. Francia se convertirá en Europa. Ciertos pueblos acaban por la sublimación como Hércules, o por la ascensión como Jesucristo. Puede decirse que, en determinado momento, entra un pueblo en constelación; los otros pueblos, astros de segundo orden, se agrupan a su alrededor, y así es como Atenas, Roma y París se convierten en pleyades. ¡Leyes inmensas! Grecia se transfiguró y vino el mundo pagano; Roma se transfiguró y vino el mundo cristiano; Francia se transfigurará y vendrá entonces

el mundo humano. La revolución de Francia se denominará la revolución de los pueblos. ¿Por qué? Porque Francia lo merece; porque carece de egoísmo, porque no trabaja para ella sola, porque es la creadora de esperanzas universales, porque ella representa toda la buena voluntad humana, porque allí donde las demás naciones aparecen como hermanas, ella se muestra siempre como madre. Esta maternidad de la generosa Francia resplandece en todos los fenómenos sociales de esta época; los demás pueblos le confían sus desgracias, ella les hace las ideas. Su revolución no es local, sino general; no está limitada porque es indefinida. Francia restaura en toda causa la noción primera, la noción verdad. En la filosofía restablece la lógica, en el arte la naturaleza y en la ley el derecho.

¿Está acabada su obra? Ciertamente que no. Por ahora sólo se vislumbra la playa luminosa y lejana, el punto de desembarco, el porvenir.

Esperando se lucha.

Lucha laboriosa.

De un lado el ideal, del otro lo incompleto.

Antes de ir más lejos, pongamos aquí una frase que aclara cuanto hemos de decir y que quizás va aún más allá.

La vida y el derecho son un mismo fenómeno. Van estrechamente unidos.

Mírese a los seres creados y se verá que la cantidad de derecho está adecuada a la cantidad de vida.

De ahí la grandeza de todas las cuestiones que se relacionan con esta noción: el Derecho.

II

El derecho y la ley, he ahí las dos fuerzas; de su acuerdo nace el orden, de su antagonismo nacen las catástrofes. El derecho habla y ordena desde el pináculo de las verdades; la ley replica desde el fondo de las realidades: el derecho se inspira en lo justo; la ley en lo potén-

ble: el derecho es divino, la ley terrestre. De ahí las dos tribunas; una para los hombres del ideal; la otra para los hombres del hecho; una que es lo absoluto, otra que es lo relativo. De estas dos tribunas, la primera es necesaria, la segunda útil. Entre una y otra se halla la fluctuación de las conciencias. Todavía no reina la armonía entre ambas potencias, una inmutable, variable la otra, aquélla serena, ésta apasionada. La ley deriva del derecho, como el río deriva de la fuente. aceptando todas las curvas e impurezas de las márgenes. Frecuentemente la práctica contradice la regla, muchas veces el corolario está en pugna con el principio y el efecto desobedece a la causa; tal es la fatal condición humana. El derecho y la ley discuten sin cesar y de esta discusión, frecuentemente tormentosa, surgen lo mismo las tinieblas, que la luz. En el lenguaje parlamentario moderno podría decirse: el derecho es la Cámara alta y la ley la Cámara baja.

La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada de indisoluble, nada de irrevocable, nada de irreparable; he ahí el derecho.

El cadalso, la prisión, la guerra, todas las variedades del yugo desde el matrimonio sin divorcio hasta el estado de sitio en la ciudad; he ahí la ley.

El derecho; ir y venir, comprar, vender, cambiar,

La ley: aduana, exacción, frontera.

El derecho: instrucción gratuita, obligatoria, sin coaccionar la conciencia del hombre, embrionaria en la infancia, esto es, instrucción laica.

La ley: la férula.

El derecho: la creencia libre.

La ley: las religiones del Estado.

El sufragio universal, el jurado universal, esto es derecho. El sufragio restringido, el jurado escogido, esto es la ley.

La cosa juzgada, esto es la ley; la justicia, esto es el derecho.

Medid el intervalo.

La ley tiene la movilidad, el desmayo y la anarquía del

agua, frecuentemente turbia, pero el derecho es insumer-gible.

Para que todo se salve, basta que el derecho sobrenade en una conciencia.

Toda la agitación social proviene de la persistencia del derecho contra la obstinación de la ley.

El azar ha querido (¿existe aún el azar?) que las primeras palabras políticas de alguna resonancia pronunciadas por el que esto escribe, lo fueran, primero en el Instituto, por el Derecho, luego en la Cámara de los Pares, contra la ley.

El 2 de junio de 1841, en una sesión de la Academia francesa, glorifiqué la resistencia contra el imperio; el 12 de junio de 1847 pedí en la Cámara de los Pares, y lo conseguí, que se levantase el destierro a la familia Bonaparte.

De modo que, en el primer caso, abogué por la libertad, esto es, por el derecho; en el segundo caso elevé mi voz contra la proscripción, esto es contra la ley.

Desde esta fecha una de las fórmulas de mi vida pública es esta: *Pro jure contra legem*.

Mi conciencia me ha impuesto en mis funciones de legislador una confrontación permanente y perpetua de la ley que los hombres han hecho con el derecho que hace a los hombres.

Obedecera mi conciencia es mi regla, regla que no admite excepción.

III

Para mí, y lo declaro porque todo espíritu debe lealmente indicar su punto de partida, la más alta expresión del derecho es la libertad.

La fórmula republicana ha sabido admirablemente lo que se decía y lo que hacía; la gradación del axioma social es irreprochable. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Nada hay que quitar ni añadir. Son los tres peldaños de la suprema escala. La libertad es el de-

recho; la igualdad es el hecho y la fraternidad es el deber. Todo el hombre se resume en eso.

Somos hermanos durante la vida, iguales por el nacimiento y por la muerte, libres por el alma.

Suprimid el alma y suprimiréis la libertad.

El materialismo es un auxiliar del despotismo.

Fijémonos de pasada en algunos espíritus, la mayoría educados y generosos, en los cuales al materialismo es como una especie de liberación.

Rara y triste condición la de la inteligencia humana dominada por el vago deseo de un ensanchamiento del horizonte. Sólo que a veces se toma por ensanchamiento lo que es simplemente una reducción.

Constatemos sin censurarlas, estas observaciones sinceras. El mismo que habla ¿acaso no ha estado sometido durante los cuarenta años primeros de su vida a la ruda prueba de esas luchas de ideas, cuyo desenlace suele ser lo mismo la elevación que el hundimiento? Intentó subir, y si algún mérito puede alegar es éste.

De ahí las asperezas de su vida. En todas las cosas el descenso es suave y dura la subida. Es más fácil ser un Sieyès que un Condorcet. La vergüenza es fácil y por eso ciertas almas gustan de ella.

No contarse en el número de estas almas es la única ambición del que estas páginas escribe.

Y ya que se ve llevado a hablar de esta suerte, quizá convenga que, con la sobriedad precisa, diga siquiera una palabra acerca de esa parte del pasado a la que se mezcló la juventud de los que hoy son ya viejos. Un recuerdo puede ser una aclaración. Algunas veces el hombre que se es, se explica por el niño que se ha sido.

A principios de este siglo vivía un niño en el barrio más desierto de París y en una casa grande rodeada y aislada por un gran jardín. Esta casa se había denominado antes de la revolución, convento de las «Fenlantines». Este niño vivía con su madre, sus dos hermanos y un viejo predicador, aun horrorizado del 93, digno anciano, perseguido en la época revolucionaria y en-

tonces indulgente y amable preceptor del muchacho al que enseñaba mucho latín, un poco de griego y nada de historia.

En el fondo del jardín había tres grandes árboles que ocultaban una antigua capilla casi en ruinas. Estaba prohibido a los chicos el acercarse a esta capilla. Al presente los árboles, la capilla y la casa han desaparecido.

Los embellecimientos de la ciudad iniciados en el jardín del Luxemburgo se prolongaron hasta Val-de-Grace y borraron aquel humilde oasis. Ahora una calle tan ancha como inútil pasa por allí. Sólo queda de las «Fenlantines» un poco de hierba y un trozo de muro decrepito que aun se destaca entre dos nuevas construcciones; pero todo esto no vale la pena de ser contemplado como no sea con la mirada profunda del recuerdo. En enero de 1871. Una bomba prusiana escogió aquel sitio para caer, continuando el embellecimiento de la urbe, y Bismarck acabó así lo que comenzara Hausmann.

En dicha gran casa crecieron bajo el primer Imperio los tres jóvenes hermanos. Jugaban y trabajaban juntos, derrochando la vida, ajenos al destino, infancias mezcladas con la primavera, atentas sólo a los árboles, a los libros y a las nubes, escuchando el vago y rudo consejo de los pájaros y protegidos por una dulce sonrisa. ¡Bendita seas, madre!

Haber sido educado en la primera infancia por un sacerdote constituye un hecho del que debe hablarse con dulzura y calma, ya que ni el sacerdote ni uno mismo tienen la culpa de ello. En tales condiciones, no escogidas por el educador ni el educando, el encuentro de ambos es malo para sus inteligencias, una pequeña, la otra empuñada, una que tiende a crecer y otra que envejece. Le senilidad se pega: un alma de niño puede arrugarse con todos los errores de un viejo.

Aparte la religión, que es una, todas las religiones son poco más o menos lo mismo; cada religión tiene sus sacerdotes que enseñan igualmente al niño. Todas las religiones, diversas en la apariencia, ofrecen una identi-

dad venerable: tienen de terrestre la superficie, que es el dogma, y de celestial el fondo, que es Dios.

Las religiones mezclan los que ellas denominan artículos de fe y misterios con Dios y la enseñanza. ¿Acaso pueden proceder de otra manera? La enseñanza de la mezquita y de la sinagoga es extraña, pero más inocente que funesta; el sacerdote, nos referimos al sacerdote convencido de la bondad de su ministerio, no es culpable, ni apenas responsable; antes fué el mismo paciente de esa enseñanza en la que luego interviene como operador; al convertirse en maestro se ha convertido asimismo en esclavo. ¡Qué terrible es la mentira sincera! El sacerdote enseña lo falso, ignorando lo verdadero y, no obstante cree que procede bien.

Tiene de lúgubre esta enseñanza que cuanto pretende hacer en beneficio del niño se vuelve contra el mismo educando; infunde en él espíritu de éste cosas que lo tuercen, es como una ortopedia en sentido inverso; hace torcido lo que la naturaleza creó derecho; así fabrica almas disformes como la de Torquemada e inteligencias *ininteligentes* como la de José de Maistre.

¡Estrecha y oscura educación de casta y clerical que ha pesado sobre nuestros padres y amenaza todavía a nuestros hijos!

Esta enseñanza inculca en las jóvenes inteligencias la vejez de los prejuicios; quita al joven la aurora y le trae la negra noche.

Prescindir de la educación recibida no es suficiente aunque la instrucción clerical pueda remediarse, como lo prueba el ejemplo de Voltaire.

Los tres escolares del caserón de las Feuillantines estaban sometidos a ese peligroso régimen de enseñanza, atemperado en cierto modo por la razón tierna y elevada de una mujer; su madre.

El más joven de los tres hermanos era aún un niño, para el que, hoy, la casa de las Feuillantines constituye un cariñoso y religioso recuerdo. Ahora la evoca envuelta en una especie de profunda sombra. Entonces, entre rayos de sol y macizos de flores se operó en él la mi-

teriosa apertura de su espíritu. Nada más tranquilo que aquel jardín del exconvento. Y, sin embargo, el tumulto imperial resonaba en todas partes. A intervalos en los vastos aposentos de la abadía, entre las ruinas del monasterio, bajo las bóvedas del desmantelado claustro, veía ir y venir, entre guerras de las que oía el estruendo, formidable y fragoroso, a cierto joven general, que era su padre, y a un joven coronel, que era su tío; el ruido paternal le deslumbraba un momento, luego... a un toque de clarín las visiones de plumeros y sables se desvanecían y todo en aquellas ruinas tornaba a la paz y al silencio.

Así vivía, hace sesenta años, ese niño que era yo.

Emocionado aún recuerdo todas aquellas cosas. Era la época de Eylau, de Ulm, de Auerstaedt y de Friedland, del paso del Elba, de Spandau, de Erfurt y de Saizbourg conquistados, de los cincuenta días de trincheras en Dantzick, de las novecientas bocas de fuego vomitando la victoria enorme de Wagram; era el tiempo de los emperadores en el Niemen, del zar saludando al César; era un tiempo en que existía un departamento del Tiber y en que París era la capital de Roma; era la época del Papa destruido en el Vaticano, de la inquisición destruida en España, de la edad media destruida en la agregación germánica, de los sargentos convertidos en príncipes, de los postillones transformados en reyes, de las archiduquesas que casaban con aventureros, era la hora extraordinaria en Austerlitz, Rusia pidió gracia, en Jena se hundió Prusia, en Essling se arrodilló Austria, la confederación del Rin, anexionaba Alemania a Francia, el decreto de Berlín hacía suceder a la derrota de Prusia la impotencia de Inglaterra, en Postdam la fortuna ponía en manos de Napoleón la espada del Gran Federico y Napoleón la desdenaba diciendo: *Tengo la mía*. Yo ignoraba todo esto, yo era muy pequeño todavía

Yo vivía entre flores.

Yo vivía en el jardín de las Feuillantines revolcándome como un chico, paseando como un hombre, contemplando

do el vuelo de las mariposas y de las abejas, cogiendo capullos de rosas y viendo sólo a mi madre, a mis dos hermanos y al bueno viejo sacerdote con su libro siempre bajo el brazo.

A veces, y a pesar de la prohibición maternal, me aventuraba hasta a penetrar en el silvestre fondo del jardín donde sólo se movía el viento, donde sólo hablaban los nidos, donde sólo vivían los árboles; y a través de la espesa enramada contemplaba yo la vieja capilla cuyos ventanales sin vidrios dejaban ver la muralla interior caprichosamente incrustada de conchas marinas. Los pájaros entraban y salían por las ventanas. Estaban en su casa. Dios y los pájaros hacen buenas migas.

Una noche, esto debió ocurrir hacia 1809, (mi padre estaba en España), algunas personas vinieron a ver a mi madre, acontecimiento raro en las Feuillantines; estos visitantes eran tres camaradas de mi padre que traían o iban a adquirir noticias de éste. Yo les seguí, porque siempre he amado la compañía de los grandes, lo que más tarde me ha facilitado mi largo *tete a tete* con el Oceano.

Mi madre les oía hablar y yo caminaba trás de mi madre.

Aquel día era el de una fiesta, una de esas numerosas fiestas del primer imperio. ¿Cuál era? Lo ignoro. Era un atardecer de verano, espléndido. Tronaba el cañón de los Inválidos, surcaban el espacio los fuegos de arteificio, un rumor de triunfo llegaba hasta nuestra soledad; la gran ciudad aclamaba al gran ejército y a su gran jefe. Sobre el viejo París destacábase una aureola, como si fuesen una aurora las victorias; el cielo enrojecía lentamente.

La claridad de la fiesta, claridad soberbia, carmí vagamente sangrienta, era tal que el jardín parecía iluminado por el mediodía.

Paseando llegó el grupo que me precedía hasta el lindero del macizo de árboles que ocultaba la capilla. Mi madre y los visitantes hablaban, los árboles estaban silenciosos; a lo lejos el cañón resonaba de cuarto en

cuarto de hora. Lo que voy a decir ahora es para mí inolvidable.

Cuando ellos iban a entrar bajo los árboles, uno de los tres interlocutores se detuvo, y mirando el nocturno cielo lleno de luz exclamó:

— ¡No importa, ese hombre es grande!

Entonces surgió de la sombra una voz que dijo:

— Buen día Lucotte, buen día Drouet, buen día Tilly.

Y un hombre de buena estatura apareció en el claro oscuro de los árboles.

Los interlocutores miraron al recién aparecido.

— ¡Toma...!—exclamó; y pareció que iba a pronunciar un nombre.

Mi madre palideció y se llevó su dedo a la boca como implorando silencio.

Callaron todos.

Yo miré sorprendido.

La aparición, que así me lo parecía, prosiguió:

— ¿Eras tú, el que hablabas, Lucotte?

— Sí,—repuso éste.

— Tu decías: ese hombre es grande.

— Sí.

— Pues bien, alguien hay más grande aún que Napoleón.

— ¿Quién?

— Bonaparte.

Hubo un silencio y luego habló Lucotte.

— ¿Después de Marengo?

El desconocido respondió:

— Antes de Brumario.

El general Lucotte que era joven, rico, bello y dichoso, tendió la mano al desconocido y le dijo:

— ¡Tú aquí! Te hacía en Inglaterra.

El misterioso personaje, en el que advertí una faz severa, una mirada escrutadora y unos cabellos grises, repitió:

— Brumario fué la caída.

— De la República, sí.

— No, de Bonaparte.

Esta palabra, Bonaparte, me extrañó mucho. Yo oía siempre decir «el emperador». Después he comprendido esas altaneras familiaridades de la verdad. Aquel día oí por vez primera ese gran tuteo de la historia.

Los tres visitantes, que eran tres generales, escucharon serios y estupefactos.

Lucotte dijo al fin:

—Tienes razón; para borrar Brumario haría yo todos los sacrificios. La Francia grande está bien, pero la Francia libre está mejor aún.

—La Francia no es grande si no es libre.

También es verdad. Por ver la Francia libre daría yo mi fortuna; ¿y tú...?

—Mi vida,—repuso el desconocido.

Hubo otra pausa. Oíase el gran ruido del París alegre, el reflejo de la fiesta esclarecía el semblante de los hombres, las constelaciones se esfumaban sobre nuestras cabezas en el halo del París iluminado. El brillo de Napoleón parecía llenar el cielo.

De repente, el hombre tan bruscamente aparecido se dirigió hacia mí, que estaba muerto de miedo y trataba de esconderme, me miró fijamente y me dijo:

—Niño, acuérdate bien de esto; antes que todo, la libertad.

Y puso su mano sobre mi espalda. Yo me estremecí y aún conservo la sensación de aquel estremecimiento mío.

De nuevo repitió él:

—Antes que todo, la libertad.

Y dicho esto desapareció entre la espesa cortina de árboles de la que había surgido.

¿Quién era este hombre?

—Un proscrito.

Victor Fanneau de Lahorie, era un gentilhomme bretón partidario de la república. Era amigo de Moreau, bretón también. Lahorie conoció a mi padre en la Vendée. Más tarde fueron compañeros en el ejército del Rin, afincándose en ellos una de esas amistades de compañeros de armas que sólo terminan con la vida. En 1801 Laho-

ria se vió complicado en la conspiración de Moreau contra Bonaparte. Fué proscrito y puesta a precio su cabeza. Carecía de asilo y mi padre le abrió las puertas de su casa; la vieja capilla de las Feuillantines, que estaba en ruinas era un excelente refugio para proteger otra ruina, la del vencido. Lahorie aceptó el asilo, de igual manera que él lo habría ofrecido en su caso y allí vivió oculto entre las sombras.

Solo mis padres sabían que existía allí.

El día que habló con los tres generales tal vez cometió una imprudencia.

A los muchachos nos sorprendió extraordinariamente su presencia. En cuanto al viejo sacerdote había sufrido por sí mismo bastantes persecuciones para asombrarse de las de que eran objeto los demás. Mi madre nos recomendó el silencio y nosotros lo guardamos religiosamente. A partir del día citado el desconocido dejó de serlo en la casa. ¿Para que mantener ya el misterio? Comía con nosotros en familia, iba y venía por el jardín, y, a veces, ayudaba en su trabajo al jardinero. Tenía cierta manera de cogerme en sus brazos que me hacía reír y que, al propio tiempo, me daba miedo; me levantaba en el aire y luego me dejaba caer hasta casi tocar el suelo. Cierta seguridad habitual a todo destierro, prolongado le poseía ya. Era hombre alegre. Jamás salía de casa. Mi madre parecía, no obstante, algo inquieta, a pesar de que todas las personas que nos rodeaban nos eran fieles.

Lahorie era un hombre sencillo, dulce, austero, envejecido antes de tiempo, sabio, y que poseía esa gravedad heroica propia de los hombres letrados. Cierta concisión en el valor distingue al hombre que llena un deber del que sólo desempeña un papel; el primero puede llamarse Phocion, el segundo es Murat. Lahorie se parecía al primero y no al segundo.

Los chicos nada sabíamos de ese señor, sino que era mi padrino. El me había visto nacer; el había dicho a mi padre: Hugo es una palabra del Norte, es necesario endulzarla con otra del Mediodía y completar el gers

mano con el romano. Y él fué quien me dió el nombre de Víctor que también era el suyo. En cuanto a su nombre histórico nada sabía yo. Mi madre le llamaba general y yo padrino. Solía permanecer en la umbría del jardín y sin importarle la lluvia ni la nieve del invierno que entraba por los abiertos ventanales de la capilla, continuaba vivaqueando en esta. Detrás del altar había una cama de campaña y en un rincón dos pistolas y un Tácito que de vez en cuando me hacía deletrear.

Siempre tendré presente en la memoria el día en que me colocó sobre sus rodillas, abrió el libro y me leyó está línea: *Urbem Romam a principio reges habuere.*

Interrumpió la lectura y murmuró a media voz:

—Si Roma hubiera conservado sus reyes no habría sido Roma.

Me miró luego tiernamente y tornó a repetirme:

—Niño, ante todo la libertad.

Cierto día desapareció de la casa. No supe entonces por qué. Sobrevinieron distintos acontecimientos: Moscú, el paso del Beresina, el principio de una terrible sombra. Nosotros salimos de Francia para reunirnos a mi padre en España. Más tarde regresamos a los Fenilantines. Una tarde de 1812 pasaba yo con mi madre frente a la iglesia de Saint Jacques du Haut Pas, cuando me llamó la atención un largo cartel blanco pegado sobre una de las columnas, la de la derecha, del atrio de la iglesia. Los viandantes pasaban mirando oblicuamente el anuncio y, después de haberlo entrevisto, redoblaban el paso como si les aguijonease el miedo. Mi madre se detuvo y me dijo: Lee. Yo leí lo siguiente: «Imperio francés.—Por sentencia del primer Consejo de guerra, han sido fusilados en la llanura de Grenell, por crimen de conspiración contra el imperio y el emperador, los tres ex-generales Malet, Guidal y Lahorie».

—Lahorie,—recuerda éste nombre—dijo mi madre.

Y añadió:

—Es tu padrino.

IV

Tal es el fantasma que entreveo en las oscuridades de mi infancia. Es una de esas figuras que no han desaparecido de mi horizonte.

El tiempo, lejos de borrarla o disminuirla, la ha engrandecido. Al alejarse ha ido aumentando tanto más cuanto más lejos se hallaba, cosa propia sólo de las grandezas morales.

Su influencia sobre mí ha sido inmensa. No en balde se posó sobre mi cabeza, cuando era niño, la sombra del proscrito, no en balde oí de boca de quien iba a la muerte esta palabra del derecho y del deber; libertad.

Una sola palabra fué para mí todo el contrapeso de una enseñanza.

Todo hombre puede, si es sincero, rehacer el itinerario, variable para cada espíritu, del camino de Damasco. Yo, creo haberlo dicho ya alguna vez, soy hijo de una vendedeana, amiga de Kochejaquetin, y de un soldado de la revolución y del imperio, amigo de Desaix de Jourdan y de José Bonaparte; de modo que he sufrido las consecuencias de una educación solitaria y compleja en la que un republicano proscrito replicaba a un sacerdote proscrito también. En mí siempre ha existido el patriota bajo el vendeano; he sido bonapartista en 1913 y forbónico en 1914. Como casi todos los hombres de comienzos de siglo, fui lo que el siglo fué; lógico y probo, legitimista y volteriano, literato cristiano, bonapartista liberal, socialista, etc.; mudanzas reales que sorprenden hoy; me he esforzado en rectificar mi rayo visual en medio de tantos puntos de mira; todas las apreciaciones posibles de lo verdadero me han tentado una a una y, a veces, han engañado mi espíritu. Todas estas sucesivas aberraciones han dejado huella en mis obras; aquí y allá puede apreciarse su influencia; pero en todo cuanto he escrito, incluso en mis libros de la infancia y de la adolescencia, no se encontrará una sola

línea contra la libertad. En mi alma ha existido una lucha entre la realeza que me había impuesto el sacerdote católico y la libertad que me infundiera el soldado republicano. La libertad venció.

En ella radica la unidad de mi vida.

En todo quiero que la libertad prevalezca. La libertad es, en la filosofía, la Razón, en el arte la Inspiración y en la política el Derecho.

V

En 1848 no había adoptado aún resolución definitiva respecto a la forma social. ¡Cosa singular! puede decirse que en esa época la libertad la disfrazó la república. Después de una serie de monarquías, tan pronto ensayadas como fracasadas, monarquía imperial, monarquía legítima y monarquía constitucional, lanzado entre un torbellino de hechos que parecían ilógicos, obligado a comprobar a la vez en los jefes guerreros que dirigían el Estado la honradez y la arbitrariedad, tomando parte, a pesar mío, en esa inmensa dictadura anónima que es el carácter de las asambleas únicas, me decidí a observar, sin adherirme a él, a este Gobierno militar en el que no podía reconocer un Gobierno democrático, y me atrincheré simplemente en la defensa de derecho, desconocido y vilipendiado. En 1848 hubo un casi 18 Fructidor. Los 18 Fructidor son siempre los que dan el modelo y el pretexto para los 18 Brumario y motivan que la república infiera graves heridas a la libertad; si estos casos se prolongasen, significarían el suicidio. La insurrección de junio fué fatal lo mismo para los que la encendieron que para los que la apagaron. Yo la combatí; yo fui uno de los 60 representantes enviados por la Asamblea a las barricadas, pero, después de la victoria, me separé de los vencedores. Vencer y luego tender la mano a los vencidos, esta es la ley de mi vida. Pero se hizo lo contrario. Se puede vencer bien y se puede

vencer mal. La insurrección de 1848 se venció de mala manera. En vez de pacificar se envenenó los espíritus; en vez de levantar al caído se le aplastó; se desplegó toda la violencia soldadesca. Las deportaciones sin previo juicio estuvieron al orden del día... yo me indigné; yo me puse del lado de los oprimidos; yo elevé mi voz en pro de tantas pobres familias sumidas en la desesperación; yo rechacé aquella falsa república con su cortejo de consejos de guerra y de estado de sitio. Cierta día el representante Lagrange, hombre valiente, se acercó a mí en la Asamblea y me preguntó: ¿A quién apoya V.? A la libertad,—respondí.—¿Y qué hace V.?—insistió Lagrange.—¡Espero!—contesté.

Después de junio de 1848 esperaba, pero después de junio de 1849 nada esperaba ya.

La claridad que se desprendía de los acontecimientos penetró en mi espíritu. Esta especie de claridad una vez que se ha visto brillar, no se olvida fácilmente. Es una claridad permanente, es la luz de la verdad que penetra en la conciencia.

En 1849 se operó en mí ese milagro de lucidez. Cuando vi a Roma aterrorizada en nombre de Francia, cuando vi que la mayoría, hipócrita hasta entonces, se quitó la máscara olvidando que el 4 de Mayo del 48 había gritado diez y siete veces ¡viva la república!; cuando vi, después del 13 de junio, el triunfo de todas las coaliciones enemigas del progreso, cuando vi aquella cínica alegría, me entristecí y comprendí; cuando las manos de los vencedores se tendieron hacia mí para atraerme a sus filas, sentí en el fondo de mi alma la tristeza del vencido. Un muerto yacía en tierra; este muerto era la república, era la libertad. Yo me incliné hacia la muerte y contraí con ella mis espaldas. Y vi también la caída, la derrota, la ruina, la afrenta, el destierro y me dije: ¡Bien está!

El 15 de junio subí a la tribuna para elevar mi protesta. Desde ese día, república y libertad se confundieron en mi alma, desde ese día luché sin tregua ni descanso en pró de esas dos grandes calumniadas. Por último, el

2 de diciembre de 1851 vino lo que ya esperaba; mi condena a veinte años de destierro.

Esta es la historia de lo que se ha dado en llamar mi apostasía.

VI

1849. Gran fecha para mí. Entonces comenzaron las luchas trágicas. El porvenir ataca; el pasado se defiende. ¡Hay tormentas memorables!

En esa extraña época el pasado era todopoderoso, omnipotente, lo que no impedía que estuviese muerto. ¡Horrible fantasma, combatiente aún!

Todos los problemas se presentaron a mi vista; independencia nacional, libertad individual, libertad de conciencia, libertad de tribuna y de prensa, matrimonio, educación del niño, derecho al trabajo con motivo del salario, derecho a la patria a causa de la deportación, derecho a la vida por efecto de la reforma del Código, penalidad disminuida por la educación creciente, separación de la Iglesia y el Estado, devolución a la nación de los monumentos, iglesias, museos y palacios reales, restricción de la magistratura, fomento del jurado, licenciamiento de los ejércitos europeos por la federación, disminución de los impuestos, devolución de los soldados a la tierra como trabajadores, supresión de las aduanas y de las fronteras, supresión de obstáculos al progreso, circulación de las ideas en la civilización como la sangre en el hombre...

El hombre que en este momento esboza su vida parlamentaria, oyendo un día a los miembros de la derecha exagerar los derechos del padre replicó rudamente: ¡Y los derechos del hijo!... Otro día, preocupado por su amor al pueblo y a los pobres exclamó: ¡Se puede destruir la miseria!

La hermosura del deber se impone y cuando se la ha comprendido, se la obedece sin murmurar.

El que ahora habla tuvo ocasiones para proceder de

diferente manera, pero las desdenó. Cumplió su deber y en pago recibió la afrenta, pero se contentó con este vil salario.

¿Se quieren pruebas?... pues ahí van.

Cierta día, el 17 de julio de 1851 denunció desde la tribuna parlamentaria la conspiración de Luis Bonaparte y declaró que éste pretendía erigirse en emperador.

Una voz le gritó:

—Sois un calumniador infame!

Esta voz prestó más tarde juramento al emperador mediante 30,000 francos de sueldo por año.

Otra vez, cuando combatía la feroz ley de la deportación alguien dijo:

—¡Y pensar que este discurso costará 25 francos a Francia!...

Ese alguien fué luego senador del imperio.

En otra ocasión cierto senador le apostrofó de esta suerte:

—¡Sois un adorador del sol que sale!

—En efecto, del sol que sale... en el destierro.

El día que yo pronuncié en la tribuna esta frase, hasta entonces desconocida, «los Estados Unidos de Europa», el señor de Molé, se levantó de su asiento, atravesó la sala, hizo un gesto a la mayoría para que le siguiera y salió. Nadie imitó su ejemplo y volvió a entrar indignado.

El mismo día 17 de julio de 1851, lancé yo mi frase de «Napoleón el pequeño» y produjo tal efecto en la mayoría que los clamores de ésta hicieron que se congregase la gente hasta en el puente de la Concordia; tal fué su estruendo.

Ese día subí a la tribuna, creyendo estar en ella tres minutos y permanecí allí tres horas.

Por haber adivinado el golpe de Estado, el senador del futuro imperio me declaró calumniador. Contra mí se desencadenaron el partido de *orden* y todas las garras del conservadurismo, desde el señor Falloux católico, hasta el señor Viellard, ateo.

Otro día replicaba yo a no sé qué ataque de un Montalambert cualquiera, al cual ataque se asoció la mayo-

ría. Tratábase de una mentira, ¡claro está! ¿Qué mentira era? no la recuerdo. Los quinientos miopes de la mayoría secundaron a su orador, el cual poseía el talento posible dentro de la mediocridad. Se llegó hasta asaltar la tribuna en la que yo permanecía a prueba de las locas, pero perdonables vociferaciones de una cólera inconsciente. Yo oía el tumulto con indulgencia, esperando que se aplacase para reanudar mi discurso. De pronto advertí cierto movimiento en el banco de los ministros y vi como el duque de Montebello apartando rudamente a cuantos hallaba al paso se dirigía hácia mí. El duque llegó hasta cerca de la tribuna y pronunció una frase que quería serme hostil, dijo algo así como: «sois un envenenador del público». Los rumores cesaron, se hizo el silencio y yo respondí cortesmente:

—Confieso que no esperaba este puntapié...—me interrumpí y añadí luego:

—..... del señor de Montebello.

Estallaron las risas y la tempestad se resolvió por el ridículo, y no precisamente contra mí...

Pere olvidemos, demos de lado, todas estas majaderías.

VII

No obstante, porque ha de decirse todo, en esas confesiones parlamentarias ¿nada dije que deba reprocharme? ¿No sucumbí alguna vez más a la fuerza de la palabra que a la del pensamiento? Confesemos que en el uso de la palabra interviene el azar, que en la tribuna, lugar sonoro y misterioso, se advierte como un efluvio especial, desconocido, el vasto espíritu de un pueblo que envuelve vuestro espíritu y en él se infiltra; la cólera de los descontentos se apodera de uno, la injusticia de los injustos nos contamina, la palabra va y viene de la convicción fija y serena a la protesta más o menos violenta contra el incidente inesperado. De ahí las terribles oscilaciones. De ahí que uno se deje llevar,

lo que es un peligro, o dominar, lo que es una equivocación. Se cometen grandes faltas en la tribuna, y el orador que ahora habla aquí, no está exento de haberlas cometido.

Los hombres de las antiguas mayorías han hecho todo el mal que han podido. ¿Deliberadamente? no. Se equivocaban y esta es su circunstancia atenuante. Creían poseer la verdad y mentían convencidos de que servían para el pueblo; de ahí tantas leyes y tantos actos ciegamente feroces. Estos hombres, inocentes en el fondo, gritaban en algarabía desde sus bancos, movíanse como movidos por un resorte y según el hilo de que les tiraban protestaban o aplaudían. Tenían por jefes a los mejores de entre ellos, es decir, a los peores. Este, antiguo liberal reaccionario, pedía que sólo hubiese un periódico, «El Monitor», lo que hacía exclamar a su vecino de banco, el obispo Parisis: ¡Y aún! Aquél, era un pensamiento lijero, académico de los que hablan bien y escriben mal. Este otro, vestido de negro siempre, con corbata blanca, gruesos zapatos, presidente, procurador, todo lo que se quiera, en fin, pudo ser Cicerón sino hubiese sido Guido Patin, antes un abogado espiritual y ahora el último de los traidores. El de más allá gran juez del imperio hace treinta años cuando vestía zamarras, se destaca ahora por su sombrero gris y su pantalón de nanquín; senil en su juventud, juvenil en su vejez, empezó como Lamoignon y acabó como Brummel. Este otro... Pero callo, ¿a qué citar más? *Et cetera*, dice la historia. Todas estas máscaras son ya unos perfectos denominados. Dejémoslos tranquilos en el olvido. Dejémos que la noche caiga sobre los hombres de la noche. El viento de la noche se lleva las sombras; dejémosle hacer. ¿Qué nos importa al fin que una silueta se deshaga en el horizonte?

Pasemos adelante.

Sí, seamos indulgentes. Si para alguno de nosotros ha habido rudos trabajos y pruebas, una tempestad más

o menos larga, algunos salivazos de espuma, un poco de ruina, un poco de destierro, ¡qué importa si al fin, es por tí, Francia, por tí, pueblo! ¡Qué importa el aumento de sufrimiento en unos si acarrea una disminución en el sufrimiento de todos los demás! La proscrición es dura, la calumnia es negra, la vida lejos de la patria es un insomnio lúgubre, pero ¡qué importa si la humanidad se engrandece y se liberta! ¡Qué importan nuestros dolores si se progresa, si los problemas se simplifican, si las soluciones maduran, si a través de la claraboya de las imposturas y de las ilusiones se advierte más distintamente cada día la verdad!

Hay estaciones sociales, hay para la civilización trayectorias climatéricas, ¡qué importa que hayamos sido desdichados si nuestra desdicha redonda en bien de los demás, si el género humano pasa de su diciembre a su abril, si acabó el invierno de los despotismos y de las guerras, si la nieve de las supersticiones y de los prejuicios no cae ya sobre las cabezas y si tras los horrores desvanecidos, feudalismo, monarquías, imperios, tiranías, batallas y carnicerías, vemos teñirse de rosa el horizonte con el sol deslumbrador floreal de los pueblos que se llama la paz universal!

VIII

En cuanto decimos aquí sólo tenemos una pretensión, la de afirmar el porvenir en la medida de lo posible.

El pensar equivale a veces a errar: La verdad demasiado lejana hace sonreír.

Decir que un huevo tiene alas, parece un absurdo y, sin embargo, es verdad.

El esfuerzo del pensador ha de ser el de meditar útilmente.

Existe una clase de meditación inútil que es el ensueño y otra fecunda, que es incubación. El verdadero pensador incuba.

Y de esta incubación salen a su debido tiempo las di-

versas formas de progreso destinadas a volar en gran espacio de lo posible humano, en la realidad, en la vida.

¿Se llegará al extremo del progreso?

No.

Es preciso no hacer inútil la muerte. El hombre no será completo sino después de la vida.

Acercarse, siempre, llegar jamás, esta es nuestra ley. La civilización es un asintota.

Todas las formas del progreso son la Revolución.

La Revolución, eso es lo que hacemos, eso es lo que pensamos, eso es lo que predicamos, eso es lo que llevamos en la boca, en el pecho y en el alma.

La revolución es la respiración nueva de la humanidad.

La revolución es de ayer, de hoy y de mañana.

De ahí la necesidad y la imposibilidad de hacer su historia.

¿Por qué?

Porque es indispensable contar el ayer y porque es imposible contar el mañana.

Sólo se puede deducirlo y prepararlo. Esto tratamos nosotros de conseguir.

Insistamos, nunca ello es inútil, sobre esta inmensidad de la Revolución.

IX

La Revolución tienta a todos los espíritus fuertes y estos la buscarán siempre, los unos, como Lamartine, para pintarla, otros, como Michelet, para explicarla, otros, como Quinet, para juzgarla, y otros, en fin, como Luis Blanc, para fecundarla.

Ningún hecho humano ha logrado tan magníficos narradores y, sin embargo, esta historia se ofrecerá siempre como por hacer a los historiadores. ¿Por qué? porque todas las historias lo son del pasado, y, repitémoslo, la historia de la revolución es la del porvenir. La revolución ha conquistado de antemano y ha descubierto y anunciado el